

MENSAJE

leído por

S. E.

el Presidente de la República

en la apertura de las

sesiones ordinarias del

Congreso Nacional

21 de Mayo de 1937

CONCIUDADANOS DEL SENADO Y DE LA CAMARA DE DIPUTADOS:

Sean mis primeras palabras un saludo de bienvenida a los congresales que se incorporan al Poder Legislativo conjuntamente con los fervorosos votos que formulo porque vuestra accion sea eficaz y beneficiosa para la prosperidad nacional y para la grandeza de la República.

Quiero también cumplir con un deber de lealtad de agradecer al H. Congreso que termina en sus funciones la patriótica y valiosa cooperación prestada a la obra de mi Gobierno.

Sois depositarios de la soberanía nacional como consecuencia de una elección enteramente libre de toda intervención gubernativa, tal como lo prometí al país en forma solemne.

Las elecciones de Marzo último representan un triunfo más de la democracia y han comprobado que, al amparo de la autoridad moral de la ley y sin recurrir a la fuerza, los gobiernos pueden mantener el orden público y garantizar a todos los ciudadanos el libre ejercicio de sus derechos.

Los partidos políticos, que son agrupaciones de hombres unidos por ideales de bien común, han tenido amplia libertad para elegir a sus representantes. Se encuentran aquí congregados ciudadanos de todas las tendencias ideológicas que se debaten en el seno de nuestra colectividad, representantes de toda la opinión y de todos los medios sociales.

Este conglomerado de hombres, de diversas tendencias e ideas es un elemento que augura la resultante de soluciones favorables para los intereses nacionales. Digo esto, señores congresales, porque si hay discrepancias en los medios y procedimientos para alcanzar el bien público y defender los sagrados intereses nacionales, no hay ni puede haber discrepancias en cuanto a los fines perseguidos, ya que todos los que aquí ha congregado la soberanía nacional, son chilenos que, naturalmente, buscan y an-

helan el bienestar colectivo, el engrandecimiento de la Patria y el mejoramiento general de todos sus habitantes.

Me halaga una vez más la esperanza que, apagando pasiones y sentimientos extremos, se unan los hombres en una aspiración noble y generosa de redención y salvación nacional. No dudo que el patriotismo de todos acudirá a mi llamado sin olvidar que el Presidente de la República, consciente de sus deberes y tal como lo prometió al país al asumir el mando, desempeña el puesto de regulador entre todas las tendencias democráticas e ideológicas para orientarlas hacia el bien común.

Así procedí en las elecciones de Marzo y me ajustaré a la misma norma de conducta respecto a las que me quedan por presidir.

Quiero ahora exponeros, en la forma más sucinta que sea posible, cuales son los problemas de la vida nacional que nos interesan, cómo se desenvuelven y cómo hay que atacarlos para resolverlos.

No olvidéis que la vida de los países, como la de los hombres, constituye una guerra perpetua en busca del bienestar colectivo, guerra en la cual cada hombre y, principalmente aquéllos a quienes le incumbe alguna gestión pública, es un soldado desconocido que debe aunar todos sus esfuerzos y acumular el máximo de sacrificios para alcanzar el bien de la comunidad.